

1

*“Por eso cuando estoy triste*

*echo al aire mi canción*

*y va conmigo mi manta*

*apretada al corazón”*

(La manta de tres colores)

-¡Manuela, tráeme a tu niño!-

La vieja va hacia el rancho, arrastrando su pierna enferma y vuelve con un crío de meses, envuelto en la albura luminosa de un chal, que le cubre la carita.

-¡Es p’a que no le dé el aire!- explica la mujer, tendiendo el pequeño bulto a María Sara, la patroncita joven y hermosa.

Ésta no extiende sus brazos, sólo destapa el rostro del chico, regordete y rubio que le sonrío con unos asombrados ojos azules.

- ¡Qué lindo está y que macizo!- comenta la niña.

Manuela la observa con un gesto de tristeza cómplice y acunando su carga preciosa camina de vuelta a la choza mascullando entre dientes y en un susurro.

-¡Estos ricos! Pare que tienen miedo de contagiarse con la pobreza di’ una. Miren que mirar apena a mi chiquillo, ni lo toco naa. Yo creida que al menos lo iba a pasar en brazos!-

Un suspiro largo sale de sus labios marchitos y le infla el pecho para luego deshacerse en la brisa tibia de esa tarde otoñal.

Abril se viste del verde de las viñas. En el aire se percibe el olor dulzón de los frutos henchidos de jugo y miel.

El intenso trajín de la vendimia reúne a la peonada que entre risas y gritos, cortan y recogen la uva en enormes canastos y hombreadan su alegre cosecha hasta las carretas que esperan para llevarla a los lagares.

Vicente: alto fuerte, rubio, con voz potente, da órdenes mientras recorre los senderos probando los transparentes granos verdiazules y marfileños, apurando el tranco de los hombres que demoran la faena.

Aquí y allá asoman, por entre los viñedos, los coloridos pañuelos con que las mozas cubren sus cabezas mientras realizan la labor más delicada: cortar racimo por racimo sin dañar el fruto que luego depositan en las cestas y que cargan, apoyadas en la cadera, cimbrando su cintura con la cadencia natural que se acentúa cuando pasan frente al mayordomo serio, joven, buenmozo como el que más.

Vicente las mira con el deseo aflorando en el brillo de sus ojos. Aventuras no le faltan, las niñas casaderas sueñan con conquistar el interés del hombre y se esmeran en su trabajo y en sus coquetos paseos.

Pero está Emelina, una mujer seria, de facciones toscas, alta y vestida siempre con ropas largas y oscuras con las cuales, oculta pudorosa, sus ampulosas formas. El cabello liso y negro lo anuda en un moño apretado que la hace parecer mayor y le resta expresividad a su rostro.

Los padres de Vicente y Emelina han sido vecinos desde que los padres del joven llegaron un día con el entonces pequeñito niño al fundo de “los señores Arraiga” como mentaban al dueño de la viña Ainatu.

Por supuesto que la gran amistad que se forjó entre los viejos, acabó en el compromiso solemne de unir a los muchachos ante Dios. No había que esperar que el Diablo se metiera en el cuerpo de Vicente y lo hiciera buscar bajo las faldas de las temporeras, el deleite que arrasa y nubla la mente.

La joven pareja, casada por la ley sagrada, recibió con natural alegría a sus cuatro hijos: Marite, Chelita, Licha y Vitoco, el único barón, grande y encantador como su padre, pero incapaz de ayudarlo en las duras tareas del campo, aún sabiendo que la fortuna del viejo, era producto del esfuerzo diario y constante.

Cuando las niñas crecieron, el padre celoso las mantuvo siempre bajo su mirada escrutadora y vigilante.

Se comentaba que en su casa de campo, grande y hermosa con bodegas enormes y tinajas repletas del mejor mosto de la zona, no permitió jamás que hicieran un jardín; decía que la belleza de las flores atraería a muchos moscardones que vendrían a robarle sus tesoros, porque eso eran para él las muchachitas.

Una mañana, temprano, llegó el mozo con una carta para él, ahora patrón, de esas tierras a las que tanto entregó.

La firmaba María Sara, quien le rogaba que acudiera a su llamado pues ella, su madre verdadera, estaba al final de sus días y necesitaba verlo.

El hombre quedó perplejo, lo que sospechaba por comentarios de la gente, se confirmaba. En efecto, Sarita muy niña se enamoró perdidamente de Rosendo, un jornalero joven de frente amplia, risa hermosa y ojos azules, heredados de quien sabe qué antepasado. Cuando su padre se enteró, despidió al empleado, sin explicaciones y naturalmente sin paga, creyendo haber cortado de raíz la ilusión de la joven. Pero ya era tarde: su niña, la única, bella, pura, inocente y alegre, guardaba ya en su vientre la semilla de ese amor intenso.

Ante lo irremediable, lo único en que pensaron sus padres fue ocultar el embarazo y la enviaron a un lugar muy distante de la casa. Allá la abuela materna la acogió con todo el cariño y la compasión que le inspiraba el estado de su nieta.

Nació el muñecote rubio al que llamaron Vicente, pero Sarita no debía conservarlo con ella y sin que nadie se enterara, los progenitores lo entregaron a una pareja de viejos inquilinos a quienes se les encomendó criarlo como a un hijo propio y por nada del mundo comentarlo con nadie.

Este servicio fue recompensado con una franja de tierra al lado de una viña y en la que estos abuelos, ahora padres por azar, construyeron su ranchita y vieron crecer al Vitoco con orgullo y ternura.

Cuando María Sara se enteró de labios de “la mama” lo que había ocurrido con su hijito no pudo aceptarlo y decidió luchar por el legítimo derecho a criarlo. Pero sus padres fueron inflexibles y pronto encontraron a un hombre mayor, viudo y con una fortuna igual que la de ellos, quien se convirtió en el marido ideal para la hija sometida y ahora con una tristeza infinita que le escocía en el pecho.

No faltó quien, ante la insistencia de la niña, optó por indicarle el lugar al que se habían llevado a su Vicente. María Sara, entonces, cuando podía se escapaba a verlo, con la complicidad de la vieja empleada que la había criado y de su marido, anciano, quien compensaba así el no haber podido engendrarle un hijo que mitigara el dolor del que le habían quitado. Durante esas visitas, en verano casi siempre, Sara nunca lo cargó en sus brazos, únicamente pedía a Manuela que lo paseara por delante suyo, sólo para verlo y cuando la necesidad de estrechar el cuerpecito tibio, era irreprímible, apretaba sus puños pensando que sí lo, hiciera una vez, nadie podría volver a arrancarlo de su abrazo y eso era ya imposible. La

sociedad a la que pertenecía, de saberlo, no le hubiera perdonado ese pecado de juventud.

Pero, ahora próxima a dejar esta vida, quiso como nada en el mundo, abrazar a este hombre niño que ocupó siempre un lugar doloroso en su mente y en su alma aunque su cuerpo también resentía su ausencia. Necesitaba escuchar de sus labios que le perdonaba el abandono y la cobardía de no asumir la maternidad. Trataría de hacerle entender que la rigidez de sus padres y las normas sociales condenatorias y crueles, en estos casos nunca se lo hubieran permitido.

Vicente lo conversó con Emelina, considerando la posibilidad de conocer a esa mujer que lo había parido, pero sin experimentar ningún sentimiento especial, movido solamente por la curiosidad de tan insólita petición.

Su mujer le hizo ver que ya era tarde para enmendar los errores que se habían cometido con él, que si quería viajar lo hiciera sin su compañía porque ella no aprobaba esa visita al lugar donde lo rechazaron cuando nació. Entonces acató su opinión y sin remordimiento alguno desechó el pedido desesperado de su madre.

Pero Vicente murió pronto. La sopa caliente de las madrugadas acompañada de un vaso de aguardiente puro que el mismo destilaba, la preocupación de una fortuna lograda a ñeque y pulmón, el afán por adquirir tierras, debilitaron a tal punto su salud que un día cualquiera en que viajó a la ciudad por negocios, se fue de este mundo, silencioso, con la incredulidad en los ojos enormes y azules que cautivaron a tantas hembras.

El hombrón fuerte y orgulloso, quedó tendido en la vereda, con el corazón destrozado por la presión del trabajo rudo e incansable que se autoimpuso como norma de vida.

Su viuda, con el rostro impertérrito recibió la noticia sin lágrimas, enderezó los hombros y se dio a la tarea de sacar adelante a los hijos. Desde siempre supo que ella no fue el gran amor de su marido y aunque lo amó intensamente, guardó, orgullosa, ese afecto, esperando despertar alguna vez la pasión de ese hombre que la quiso y la respetó pero a quien siempre notó lejano.

Las viñas le permitieron mantener a la familia sin grandes sacrificios.

Sus hijos buscaron la independencia anhelada y fueron abandonando el hogar, ahora con menos actividad y mucho silencio.

Chelita la hija mayor, se casó con el Jefe de Estación del villorrio próximo al fundo; Licha la menor se enamoró de un joven latifundista en cuyo predio se

alzaba una enorme cantera de piedra que le producía entre tantos otros negocios, bastante holgura económica; Vitoco, por su parte se encandiló con la maestra del pueblo: alegre, buena moza pero casada con un hombre mucho mayor que ella. Resignado a lo imposible de su amor, comenzó a cortejar a la hermana pequeña Quelita tenía unos dieciséis años, era rubia, de ojos claros, reidores y con una coquetería natural y espontánea. Con ella Vitoco formó una familia si no feliz a lo menos armónica, Su ilusión primera, convertida ahora en su cuñada, nunca dejó de ser para él una atracción permanente que le impidió entregarse totalmente a su mujer lo que resintió la tranquilidad de la familia, muchas veces.

Sus tres hijos crecieron viendo al padre ir de rodeo en rodeo montando cada vez un caballo más hermoso que el anterior y dilapidando la fortuna del abuelo Vicente en francachelas de días eternos.

Marité por su parte, trabajadora, responsable y organizada, se quedó a vivir y cuidar de su madre y las viñas, a malcriar sobrinos y a atender con celo protector, incomprensible para muchos, entre ellos su esposa Quelita, del único varón, su hermano querido que todo lo conseguía de ella y que siempre le disculpó las faltas, premiándolo como cuando niño, con sus comidas favoritas. Agradecía así la compañía de ese ser que, aunque con casa propia, no pasó un solo día sin visitarla especialmente cuando doña Emelina, la madre se fue, oscura, serena, a ocupar un lugar en el infinito.

A la muerte de su madre comenzaron a pensar en la posibilidad de vender gran parte del único terreno que les quedaba. Había que seguir trabajando la viña y era necesario adquirir más toneles y cubas, para agrandar la bodega olorosa de frutos y con una semipenumbra en la que muchas veces ocultaron su pena. La próxima vendimia traería el consuelo a esa mujer grande que había perdido a la principal razón de vivir, esa madre silenciosa y poco demostrativa que sin embargo cebaba el mate (sagradamente a las tres de la tarde) y siempre el más dulce, el primero de todos lo ofrecía a la hija.

Marite comenzó entonces a languidecer. Los hermanos, uno a uno se fueron yendo de esta vida, discretos y dignos como siempre: Chelita con el corazón destrozado igual que el padre, luego Licha la rubia y menuda mujer que dejó tres hijos grandes y un viudo taciturno que pronto se fue tras ella.

La tristeza pudo más que el valor de Marite, esa mujer grandota, generosa y con un alma noble hasta el sacrificio.

Uno de sus sobrinos, aquél a quien ella criara cuando la madre enfermó luego del parto, la llevó a vivir a otro lugar, lejos de la hermosa Ainatu y allí, cansada de

años y trabajo, pasó sus últimos días suspirando la nostalgia de los viñedos e imaginando volver allí alguna vez.

Vitoco, sin la compañía de la hermana querida y consentidora vagó desde entonces por las habitaciones altas y frías de la vieja casona de campo. La fortuna, esquiva, lo despojó de todos sus bienes y su mujer debió abandonarlo cuando los hijos decidieron por ella y la mandaron a un hogar de viejos tristes. El pretexto fue que su cabeza no funcionaba del todo bien y que, allí, encontraría la compañía y el calor de otros seres que, como ella, lo único que buscan es un poco de ternura de aquellos a los que engendraron

El hijo mayor sobrevive a un feroz accidente que le quitó el derecho a una existencia plena, el menor heredó la comodidad del padre y su gran orgullo de señor feudal y María Emelina, la hija regalona, lo olvidó cuando ocurrió el suceso doloroso del “cumpleaños”.

El patrón Vitoco, como le llaman todos, envejece buen mozo aún, locuaz y oportuno para los chascarros con que ameniza las escasas reuniones con los pocos amigos que lo visitan.

Hoy lo he visto capeando el sol al alero de la semirreduida casa patronal. Se sienta muy erguido en el viejo sillón de mimbre que acoge su cuerpo más grueso y más pesado, Sus manos temblorosas de piel suave y fina, cogen el bastón para espantar las gallinas cloqueras que picotean las miguitas que caen de sus bolsillos.

Hace sombra a sus ojos con la revista que recoge instantes gloriosos de rodeos y, mira a lo lejos, donde cree divisar la figura grácil e inconfundible de Barbarita la nieta adorada que con sus apenas once añitos decidió irse a lo desconocido y no pudo llegar al cumpleaños del “tata” que la aguardaba en un día como hoy para llevarla en ancas de “Plátano” el caballo negro y amable con los niños.

El automóvil que conducía María Emelina, su madre, volcó, detuvo el pequeño corazón y vistió de blanco su hermosa carita de risa fácil y cantarina como la de la abuela, que la recuerda a veces, cuando su mente, ahora sí confundida por la soledad y el abandono, logra ordenarse.

El hombre poderoso e indestructible, saca su gran pañuelo de cuadros azules, regalo de la hermana cuya sombra ha vuelto a casa y enjuga sus grandes ojos tristes.

Vuelve atrás por un momento y su oído gastado cree escuchar la melodía dulce de su tonada favorita :”Mandé tejer una manta...” y el grito del viejo y fiel Valerio,

el mozo ausente, que, inclinando la cabeza se saca el sombrero gastado de soles y reverencias y le pregunta: -patrón ¿qué caballo le ensillo hoy?-